

El famoso doctor Paltán

Pablo Cuvi

Desde el principio de esta investigación, los médicos y otros quiteños con quienes hablaba se referían al «famoso doctor Paltán», legendario profesor de Anatomía, no solo de la Escuela de Medicina, sino también de la Facultad de Odontología y del colegio Mejía a mediados del siglo pasado, cuando el Mejía era el mejor ejemplo de la educación laica implantada por la Revolución Liberal. Por eso, cuando al leer uno de los artículos de Rodrigo Fierro Benítez me enteré de la existencia de las memorias de José David Paltán, me apresuré a conseguir una fotocopia del texto original y lo leí con deleite en dos o tres sentadas.¹

No cabe resumir aquí esa especie de diario que va pasando de los terrenos de la anatomía y los secretos que ocultan los cadáveres humanos —ese «libro» insuperable que el doctor Paltán lee y disecciona día tras día con sus alumnos— a los pequeños dramas domésticos, la educación de sus hijos y los viajes por el mundo. Pero sí es importante recordar cómo empezó su carrera de profesor y cómo nacieron los libros que sirvieron de texto para el colegio y la universidad.

Cuenta José David Paltán, que desde tercer curso fue el ayudante *ad honorem* más asiduo del Instituto de Anatomía, ejerciendo una función casi docente a órdenes de su profesor y mentor, Antonio Santiana, quien le ascendió a ayudante titular de cátedra cuando todavía cursaba quinto año, encargándole que dictara capítulos de Anatomía Descriptiva a los alumnos de primero, entre los que se encontraban ni más ni menos que Augusto Bonilla, Carlos Mosquera, Hugo Merino y otros futuros profesionales que fueron los primeros alumnos de este precoz maestro.²

Ese magisterio se amplió, desde 1944, a las aulas del colegio Mejía, donde empezó a dictar Anatomía y Fisiología a los biólogos de sexto curso, varios de los cuales ingresarían a la Facultad de Medicina. Cuatro años después ganó el concurso nacional convocado por el Ministerio de Educación y el Servicio

1 Paltán, José David, *Mis memorias*, Editorial Universitaria, Universidad Central del Ecuador, Quito, 1996.

2 *Ibid.*, p. 100.

Cooperativo Interamericano para la preparación de un texto de nivel secundario sobre anatomía, fisiología e higiene, libro que empezó a ser utilizado al inicio del año lectivo de 1950.³

A lo largo de su docencia, en una época en la que los profesores se decantaban por posiciones políticas y, a veces, sufrían las consecuencias de una expulsión, Paltán considera imprescindible aclarar que «procuré no apartarme en mis labores del sentido estricto del laicismo que, para mí, significa absoluto respeto a las creencias ajenas, tanto religiosas como políticas, culto a la responsabilidad individual, autodisciplina».⁴ Algunas líneas más adelante señala que su imparcialidad y rigidez para la cuestión de las calificaciones le dieron fama de una estrictez indomable, en un medio como el quiteño donde el palanqueo se ejercía en todas las esferas de la vida social. «Jamás acepté influencias externas para cambiarlas, vengan de donde vinieren; ni parientes ni amigos pudieron conseguir sus modificaciones». Esa misma actitud la mantuvo como profesor de la Facultad de Odontología, creada bajo el rectorado de Alfredo Pérez Guerrero a partir de la Escuela de Odontología que funcionaba anexa a la Facultad de Medicina.

Con esa experiencia, y gracias al éxito de su texto para secundaria, decidió escribir un libro para universitarios. ¿Cómo lo hizo? A partir de los cuadros sinópticos que dibujaba en el pizarrón y con la colaboración de los estudiantes, pues revisó los resúmenes que ellos tomaban de sus clases. Su motivación era publicar un texto asequible para los estudiantes de pocos recursos económicos que no podían adquirir las versiones en español del clásico Testut-Latarget Ruviere o del Tauré. Así nació su *Anatomía humana*, en tres tomos, que obtuvo el premio Universidad Central de 1962 y recibió elogios de la prensa y del medio académico.

Hay mucha tela que cortar, en su memoria, sobre las décadas que siguen como profesor en la Universidad de Pittsburgh, pero siempre mantuvo vivo el recuerdo de sus tiempos estudiantiles en la Facultad de Medicina de la Central. Así, en 1991, cuando habían pasado 50 años desde que se graduó su promoción, un conmovido doctor Paltán dirá: «Cómo olvidar las figuras de Carlos Pólit, Eduardo Alzamora y Antonio Santiana, quienes nos guiaron especialmente en la dura práctica de nuestras disecciones anatómicas. Ellos nos enseñaron lo que es la disciplina intelectual durante estos primeros años; no teníamos horarios fijos, pues aún en las noches y en los fines de semana, debíamos asimilar las mejores lecciones que recibíamos directamente de la observación en el mejor libro de la naturaleza, el cadáver humano».

«Gualberto Arcos, el “San Vicente” de Quito, nos enseñó, junto a su ayudante, Miguel Salvador, lo que es la fenomenología funcional en sus animales experimentales de la Quinta Presidencial: los perros estrumiprivos, por ejemplo, la anorexia del soroche en sus excursiones a las altura andinas cercanas al Cotopaxi; Manuel

3 *Ibid.*, pp. 150-151.

4 *Ibid.*, p. 182.

Villacís, el enamorado de las estructuras microscópicas y del desarrollo, base esencial para las aplicaciones clínicas posteriores; Manuel Bejarano, poseedor del claro discernimiento entre lo normal y lo patológico, utilizando sus especímenes macro y microscópicos presentados durante sus magistrales demostraciones teórico-prácticas de su laboratorio en el Eugenio Espejo; José María Urbina y César Benítez iniciándonos en los campos de las Patologías General y Externa, respectivamente; Aurelio Mosquera Narváez, dictando sus sabias conferencias junto a los pacientes de enfermedades infectocontagiosas en el lazareto del hospital San Juan de Dios».

«Cómo no recordar a Benjamín Wandemberg, quien nos enseñó a conocer en el propio ambiente ecológico los agentes bacterianos y parasitarios como el bacilo de Hansen en el leprocomio Verde Cruz, donde debíamos tomar personalmente las muestras de las secreciones nasales de los pacientes; así como conocer las diferencias entre el *Anophelex pseudo punti penis* y el *Culex* en Salinas de Imbabura; o la gran flora poliparasitaria de la zona amazónica en Mera y en Puyo».

«Arsenio de la Torre, el artífice de la filigrana en el campo de la semiología y propeuéutica; él nos enseñó a diferenciar los signos de los síntomas constitutivos de un síndrome en sus prácticas cotidianas junto a las camas de hospital Espejo».

«Julio Enrique Paredes, ayudado por Eduardo Flores; Maximiliano Ontaneda, Carlos Bustamante Pérez, Augusto Estupiñán, César Jácome Moscoso, José Arellano, clínicos y cirujanos eminentes que se destacaron en sus especialidades. El singular maestro del mundo misterioso de nuestra mente, Julio Endara, ayudado por Avilés Robalino y Pepe Cruz, con quienes deambulábamos junto a aquellos insanos desafortunados del hospicio San Lázaro de la calle Ambato».

Un acápite aparte merece la recordación del sabio profesor Pablo Arturo Suárez, ayudado por Jaime Ricaurte Enríquez, en el terreno de las ondas hertzianas cortas, gama, equis, rayos infrarrojos y ultravioletas. Este ilustre profesor, especializado en Alemania, también realizó con nosotros sus trabajos de higiene y nutrición; investigamos con él encuestas alimentarias, de metabolismo basal, de deficiencias tiroideas, etc., en las zonas de Otavalo e Ibarra. Él fue un magnífico maestro que sabía matizar nuestras duras faenas curriculares con un paseo final a la hermosa laguna de Cuicocha, por ejemplo.

Y qué decir del profesor Carlos R. Sánchez, apóstol de los pabellones A y B del Eugenio Espejo, quien supo inducirnos en las prácticas pediátricas, alternando sus conocimientos adquiridos en el hospital del Hotel Dieu y en la Sorbona de París con sus graciosas crónicas periodísticas de *El Día*, 'Hilachas, Planchuelas y Ayudas'.

Las prácticas de obstetricia al final del séptimo curso, en la vieja maternidad de la calle Pereira, las recordamos con el llamado de la veladora a cualquier hora de la noche: «Señor interno levántese, vaya a la Sala de Partos! Entonces, nos encontramos allí con problemas que conocíamos teóricamente por las magníficas lecciones del profesor Jácome, y que nos capacitaron para afrontar sin recelo situaciones emergentes. Así como los turnos obligatorios en el hospital San Juan de Dios, con

la ayuda de sor Manuelita Abarca, y en el Eugenio Espejo bajo el control nocturno riguroso de sor Inés Arroba.

Estos entrenamientos nos dieron el aval necesario para recibir las últimas lecciones del doctor Gabriel Araujo en Medicina Legal y Deontología Médica. Por él conocimos el requisito *sine qua non* antes de entrar en la práctica profesional: el juramento hipocrático [...]».⁵

El resto de la historia la van a contar quienes fueron alumnos en los años cincuenta.

5 *Ibid.*, pp. 365-366.